

Religión y discapacidad

Anaya y Duarte, José Gabriel

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/520>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

TESTIMONIOS

RELIGIÓN Y DISCAPACIDAD*

Gabriel Anaya Duarte, S.J.

La unión de estas dos palabras, religión y discapacidad, puede parecer extraña en un espacio en el que se habla de discapacidad desde diversos puntos de vista predominantemente científicos, muy de acuerdo con la mentalidad dominante en nuestra época. Pero considero muy acertado el que sus organizadores, al querer tomar en cuenta en un foro interdisciplinar todas las dimensiones de la persona humana, hayan incluido su dimensión vertical, esa aspiración a la trascendencia que es capaz de dar a la vida un sentido englobante. Esta dimensión ha sido y es hoy para muchos la religión.

La discapacidad

No tocaré desde luego los múltiples aspectos de la discapacidad humana expuestos en este foro por expertos en diferentes ciencias y disciplinas. Me fijaré en uno, que podríamos llamar filosófico; conviene en efecto tenerlo en cuenta antes de hablar de la relación entre la discapacidad y la religión. La discapacidad es una carencia; carencia de un órgano o de una función. Pero no sólo es una carencia, sino carencia de algo debido: es un mal. Carecemos, por ejemplo, de una tercera mano,

*Este artículo ha sido tomado del libro *Discapacidad humana, presente y futuro. El reto de la rehabilitación en México*, Marco A. Cubillo, Javier Guevara y Alejandro Pedroza (edit.), Gobierno del Estado de Tlaxcala/SEP Tlaxcala/Universidad del Valle de Tlaxcala, México, 2000, pp. 211-216.

pero nadie lo considera un mal, ya que lo *normal*, lo que establece la norma, es que sólo tengamos dos manos. Discapacidad es la carencia de algo debido anatómica o fisiológicamente. Es una *anormalidad*, un mal, algo que daña al ser humano.

Hay que tener también en cuenta que nuestro mundo es limitado; la multiplicidad de sus elementos y la sucesión temporal hacen impensable un mundo infinitamente perfecto. Esta limitación trae consigo necesariamente males; el surgimiento de nuevas especies significa la desaparición de otras; la supervivencia de unos individuos implica la muerte de otros en el equilibrio ecológico. No podemos olvidar finalmente que muchos males, incluyendo casos de discapacidad, se deben a la acción humana, que los causa por error o por maldad. Hoy es patente el mal de la pobreza extrema que padecen millones de seres humanos, debido a la injusta distribución de los bienes; mal ciertamente relacionado con el de la discapacidad.

La religión

¿Qué es la religión? Desde un punto de vista meramente sociológico, se suele caracterizar a la religión por sus expresiones externas, como son el conjunto de creencias, de leyes y de ritos de un grupo humano, generalmente organizado en una estructura regida por algún tipo de jerarquía; pero no es ésta la esencia de la religión. De acuerdo con la etimología de la palabra y su uso en la teología, la religión es la religación o relación con Dios.

Al abrírnos a Dios, la religión nos abre a un misterio. Si bien podemos estudiar las expresiones religiosas desde puntos de vista psicológicos, sociológicos, antropológicos, históricos, jurídicos y aun artísticos, ninguna ciencia meramente humana puede describirnos a Dios, que está fuera de nuestro alcance. La religión, toda religión, se enfrenta a un misterio; misterio que sólo el mismo Dios puede revelarnos. Más todavía, incluso revelado Dios sigue siendo un misterio dada la limitación de nuestra capacidad para abarcarlo. La teología no es más que el estudio sistemático, siempre aproximado, de lo que Dios ha dicho de sí mismo; es una ciencia humana, pero cuyo objetivo último escapa a la observación humana.

Discapacidad y religión

Si ahora queremos reflexionar sobre la discapacidad a la luz de la religión, es decir, relacionarla con la noción de Dios que tiene todo hombre religioso, explícita o implícita, desarrollada o no, el mal se nos presenta también como un misterio frente al misterio de Dios. Como lo formuló Epicuro tres siglos antes de Cristo: “O Dios es omnipotente y puede evitar el mal, pero no quiere; o quiere, pero no puede, y entonces no es omnipotente, es decir, no es Dios”. La existencia del mal, evidente a nuestra experiencia y objeto de este foro bajo la forma de la discapacidad, parece negar la existencia de un Dios tal como se le suele concebir: todopoderoso y misericordioso. Dios y el mal parecen contradecirse.

Diversas ideas de la relación entre religión y discapacidad

Me concretaré de aquí en adelante a la religión cristiana, la más extendida en nuestro medio, y enumeraré primero algunas ideas erróneas o al menos incompletas que existen en muchos cristianos para relacionar el misterio del mal y el misterio de Dios; ideas que incluso pueden coexistir en la misma persona y que iré criticando como insuficientes.

Una es la de considerar que el mal, la discapacidad en concreto, es un castigo de Dios. Esta idea tiene de fondo la de un Dios justiciero que premia el bien y castiga el mal en esta vida. Era una idea común en los inicios del pueblo israelita, comprensible porque ignoraban una vida después de la muerte. Sin embargo, entonces como hoy, la experiencia la contradice: muchas veces sufren mal los buenos, incluso a los niños, mientras los malos prosperan. Esta contradicción es el tema de varios salmos y sobre todo del libro de Job, que cuestiona la teología entonces vigente. La respuesta sólo se irá vislumbrando a la luz de la fe en una resurrección futura a una vida de premio o de castigo.

Esta idea estaba aún presente en el pensamiento de los judíos del tiempo de Jesús, como lo muestra el pasaje narrado por el Evangelio de San Juan: “Vio al pasar a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: ‘Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?’ Respondió Jesús: ‘Ni él pecó ni sus padres: es para que se manifiesten en él las obras de Dios’” (Jn 9,1-3). La inmediata

respuesta de Jesús desautoriza esta interpretación de la discapacidad; pero deja una pregunta: ¿qué significa “manifestar las obras de Dios”? Tristemente todavía hay cristianos que interpretan la discapacidad como un castigo de Dios.

Más grave que la idea de un Dios castigador es la de un Dios cruel; idea que sin embargo se trasluce en muchas manifestaciones del pensamiento y la piedad cristianos. Al considerar a Jesús exclusivamente como el crucificado, se ignora en la práctica su resurrección y se interpreta su vida a la luz de su muerte, siendo así que su muerte se explica históricamente por su vida. Se deduce entonces que el valor salvífico de la redención consistió en el sufrimiento. Dios nos perdonó porque el castigo que nosotros merecíamos lo asumió Jesús, el que no cometió pecado. Es la idea de un Dios no sólo injusto con su propio Hijo, sino sádico: a Dios le agrada que los hombres suframos; hay que hacer *sacrificios*, y por eso los pobres, y desde luego los discapacitados, deben sentirse felices por sufrir, por poder ofrecer a Dios sus sufrimientos.

En contraste con las interpretaciones anteriores, pero a veces en coexistencia con ellas, está la del Dios providencialista, el Dios que puede librar del sufrimiento, el que puede corregir la discapacidad, si se le pide con fe o mediante determinados rituales. Es el Dios que interviene arbitrariamente en el mundo para corregir los males en beneficio de los que creen en él. Incluso hay quienes se plantean como una disyuntiva el acudir a Dios o al médico en caso de una enfermedad; y no faltan quienes consideran como contrario a la providencia divina el utilizar los medios humanos. Se espera un *milagro*. Hay un refrán muy significativo al respecto: “Si se alivió fue la Virgen; si se murió fue el doctor”. Refrán que resulta bastante irónico, pues pocas veces se obtiene lo que se espera de la Virgen o se le atribuye lo que en realidad consiguió el médico.

El Dios de Jesús

¿Corresponden esas imágenes de Dios a la que nos reveló Jesús?, ¿a la del Dios en quien supuestamente creemos los cristianos? Jesús es el rostro humano de Dios. Ese Dios con el que intentan relacionarse los

hombres en cualquier religión, ese misterio absoluto del que no podemos decir nada si él no nos lo revela, se manifestó no sólo en las palabras de los textos bíblicos, sino sobre todo en un hombre histórico, cuya vida nos transmitieron los primeros cristianos en el Nuevo Testamento. No nos centremos, como dije arriba, en su muerte; veamos su vida, y sobre todo su vida pública.

Sin duda entre lo que más llama la atención en la vida pública de Jesús están sus milagros. Muchos se forjan por ellos la imagen de un Jesús maravilloso, espectacular, más que humano; otros niegan su existencia como contraria a la ciencia y suponen que son fábulas creadas por la imaginación popular. Sin discutir aquí su realidad *científica*, preguntémonos más bien por su significado. Se decía, en una teología cargada de racionalismo, que Jesús los hizo para *demostrar* que él era el Mesías, el Hijo de Dios; pero no es esa la motivación que los Evangelios atribuyen a Jesús.

En primer lugar, Jesús se niega a mostrar a los fariseos y a los saduceos “una señal del cielo”, un signo cósmico, espectacular, que acreditara su misión (Mt 16,1-4). En cambio, la mayoría de los milagros (apenas una veintena narrados en detalle) consisten en curar enfermos, y los textos evangélicos explicitan con frecuencia el motivo: Jesús cura para suscitar o aumentar la fe en Dios. Basten dos ejemplos: a la mujer extranjera que le pide la curación de su hija, le dice Jesús: “Mujer, qué fe tan grande tienes. Que se cumplan tus deseos” (Mt 15,28); y al padre de aquel muchacho, probablemente epiléptico: “Todo es posible a quien cree” (Mc 9,23).

Por otra parte, lo que mueve a Jesús a curar es la compasión. “Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos” (Mt 14,14). “Movido a compasión Jesús tocó sus ojos, y al instante [los dos ciegos] recobraron la vista” (Mt 20,34). “Sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda. Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: ‘No llores’” (Lc 7,13). La íntima relación entre la fe que pide Jesús y su compasión profundamente humana, estriba en que nos pide fe en un Dios que se muestra en él como un Dios de misericordia, que se compadece del mal humano y quiere remediarlo. La enfermedad, la discapacidad, es un mal; y por eso, porque daña al hombre, Dios quiere evitarlo.

Más aún, en Jesús Dios mismo se solidariza con el hombre que sufre. Después de decir que Jesús curó a muchos enfermos, el evangelista san Mateo añade: “Para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ‘Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades’” (Mt 8,17). Si bien es verdad que Jesús no se contagió al tocar a los leprosos, sí asumió como propias las enfermedades al tener compasión, al “conmoversele las entrañas” ante el mal de los demás. De hecho, sus enemigos lo condenaron a una muerte injusta, prematura y dolorosa por violar las leyes religiosas vigentes, ya que tocaba a los leprosos y curaba en sábado. En Jesús, Dios se solidarizó con los males del hombre y con la limitación biológica que nos lleva a una muerte inevitable. El Dios de Jesús pone su omnipotencia no al servicio del poder sino del amor.

El seguimiento de Jesús

Queda sin embargo la pregunta: ¿por qué Dios, si es todopoderoso, no evita todo sufrimiento humano? Seguimos frente al misterio de Dios y el misterio del mal; pero nos ilumina el pensar que Jesús no es sólo el rostro humano de Dios, sino también el rostro divino del hombre, el modelo de hombre al que debemos tender para llegar a Dios, al Dios del auténtico cristianismo. De hecho, Jesús durante su vida no pidió culto sino seguimiento. Quizá los cristianos hemos invertido los términos. Pero, ¿en qué consiste seguir a Jesús?

Tomemos las cosas desde un poco más atrás. Dije al principio que este mundo es limitado; Dios así lo hizo, y no podría hacerlo de otro modo: una creación perfecta es contradictoria. Pero Dios dotó a este mundo de una autonomía propia. Ni el mundo es caótico, ni Dios interviene en él continuamente para hacerlo funcionar. Existen las leyes de la naturaleza, modos constantes y uniformes de operar que las diversas ciencias van descubriendo tanto en el mundo físico-químico como en el biológico, e incluso en cierta medida en el de las ciencias del hombre. Dije “en cierta medida” porque en el mundo estrictamente humano existe un grado superior de autonomía: nuestra libertad. Por ser libres somos capaces, dentro de ciertos límites, de elegir entre diversas posibilidades que se nos presentan.

Como consecuencia de nuestra inteligencia, libertad y actividad humanas hemos ido dominando el mundo por la ciencia y la técnica, sobre todo en este siglo que finaliza, y lo hemos transformado para nuestro bien o para nuestro mal. Dios, que por amor nos hizo libres, nos ama tanto que respeta nuestra libertad. Pero la autonomía del mundo y del hombre, queridas por Dios, no significan una independencia total respecto a él: en último término todo depende de su soberanía absoluta. Porque si somos libres, también somos responsables ante nosotros mismos, ante los demás y finalmente ante Dios mismo, ya que somos sus gerentes en el mundo.

En este contexto, volvamos al seguimiento de Jesús, rostro divino del hombre. Jesús mismo fue un hombre libre; libre frente a los bienes materiales, frente a los lazos familiares, frente a las opiniones de los demás, frente a los ataques de sus enemigos, frente a las normas sociales y religiosas; aun frente a la muerte. Pero empleó su libertad en hacer el bien a los demás; fue libre para amar. Sus milagros mostraron el ideal de lo que Dios quiere que sea el mundo: un mundo de justicia y equidad, de fraternidad y amor, donde vivamos como hermanos, como hijos de nuestro Padre Dios. Es el ideal que Jesús llamó “reinado de Dios” y que él vino a instaurar aquí en la tierra. Y esos milagros son también la pauta de lo que significa seguir a Jesús: combatir los males que aquejan a nuestros hermanos para acercarnos al ideal del reinado de Dios.

Nuestra motivación debe ser la misma que tuvo Jesús: la compasión por los que sufren; compasión eficaz que nos lleve a hacer algo por ellos. “Dios es amor”, como nos mostró Jesús y nos dice San Juan (1 Jn 4,8). Si como hermanos de Jesús somos hijos de Dios, debemos parecer-nos a nuestro Padre: amar es imitar a Dios, buscar el bien; no el de Dios, que lo tiene todo por ser el Bien infinito, sino el de nuestros hermanos, con quienes Dios se ha identificado en Jesús. Él mismo nos lo dice claramente al describir el juicio final: “Vengan, benditos de mi Padre, reciban la herencia del reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber...; estaba enfermo y me visitaron” (Mt 25,34-35). “Estaba discapacitado y procuraron mi rehabilitación”, podemos añadir. Y concluye Jesús: “En verdad les digo que cuanto hicieron a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25,40).

Conclusión

Jesús no nos resolvió teóricamente ni el misterio de Dios ni el misterio del dolor y del mal. Pero, al invitarnos a seguirlo, sí nos iluminó el camino para actuar frente al sufrimiento. El sufrimiento no es un valor; es un mal que hay que combatir. Sólo tiene sentido el sufrimiento que asumimos por amor para aliviar el sufrimiento de los otros; el sufrimiento de salir de nosotros mismos, de vaciarnos de nuestro egoísmo para llenarnos de amor; el sufrimiento que purifica y manifiesta el amor. El significado original de la palabra *sacrificio* no es pena o dolor, sino ofrenda sagrada; y la ofrenda que Dios quiere, para nuestro propio bien, es la del amor al prójimo; es la cruz que hay que asumir cada día, la que el mismo Jesús tomó. El Dios de Jesús no es el Dios castigador ni el Dios que se complace en el sufrimiento; es el Dios amor, que actúa para el bien del hombre.

Pero no hagamos una dicotomía entre la acción de Dios y la nuestra. Dios no está ausente del mundo, como podría hacernos creer la presencia del mal, sino que está escondido en los hombres. En los discapacitados, que esperan hagamos lo posible para librarlos o al menos aliviarlos de sus males, y en nosotros mismos, que debemos ser las manos misericordiosas de Dios; así “manifestaremos las obras de Dios” de que habló Jesús cuando curó al ciego de nacimiento. En el presente siglo el hombre ha asumido sobre el mundo un dominio mayor que en toda la historia anterior; hoy participamos cada vez más de la omnipotencia de Dios. ¿Estamos poniendo este dominio al servicio del poder, que lleva a la opresión, a la destrucción del otro?, ¿o bien al servicio del amor, que busca el remedio del mal?

La realización de este foro y todas las acciones que espero se sigan de él, tienen un profundo sentido cristiano: son la expresión de la auténtica religión. “Una religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre –nos dice Santiago– consiste en cuidar de huérfanos y viudas en su necesidad, y en no dejarse contaminar por el mundo” (St 1,27). También aquí podemos glosar: “En emplear la ciencia y la técnica en rehabilitar al discapacitado, en este mundo contaminado por el egoísmo que las ha empleado en discapacitar a otros”. “En esto conocerán todos –lo expresó el mismo Jesús– que ustedes son mis discípulos: en que se aman unos a otros” (Jn 13,35).